

Yolanda Oreamuno: vigencia de dos aniversarios



El pasado 8 de abril Yolanda Oreamuno habría cumplido setenta años. El próximo 8 de julio se cumplirán 30 años de su muerte, una tarde lluviosa en casa de Eunice Odio, lugar en el que también vivieron Germán Pardo García y Juan Rulfo, en tiempos de tertulia y convivio, bajo el alero de la Revista América, que dirigiera Marco Antonio Millán, amigo de tantos costarricenses que aventuraron en México.

En otro país, que no fuera el nuestro, los contemporáneos quizás habríamos celebrado estos dos aniversarios con la devoción, y el sentido crítico, que implica el análisis objetivo de la obra de un ser humano admirable y genial y el escorzo de una personalidad inaprensible con cánones convencionales, que escapó con tanconeos irreversibles de la niebla vaga de nuestra pequeña ciudad, llevando en su alma, y en algunos aspectos de su obra, la vaguedad de la provincia y la nostalgia de la metrópoli.

Los que crecimos con la imagen de Yolanda temblando en las pupilas de nuestros progenitores, como si fuera un cirio siempre encendido, bebimos en su obra la más absoluta claridad de una vocación hecha parte de la sangre de un ser humano notable, así como la nostalgia de su ternura y desolación, esparcida como un perfume antiguo sobre todo aquello que ella hubiera rozado, guardando su voz de contralto, que se trasluce en su prosa, como el eco de invisibles alegorías que trazara con su pluma, domando a una inteligencia en ebullición, luchando entre el eros y tánatos, como otros luchan por la supervivencia, con un norte azotado por los vendabales de una historia íntima que, rescatada de la anécdota, se fue transformando en una obra literaria de increíbles relieves personales, que dieron como resultado su pérdida **Autobiografía**, escrita entre 1954 y 1956, cuando la muerte, rozándola y casi envolviéndola, pretendía señalarla como elegida de los dioses.

Por esa sed suya de inmensidad, de ancho-horizonte, se la supuso desvinculada de nuestra realidad, cuando en verdad nadie más costarricense que ella, al negar todo lo que restringe nuestra voluntad de solidaridad, fraternidad y entrega a todo aquello que habría aprendido de sus maestros, esos costarricenses universales — García Monge, Vicente Sáenz, Brenes Mesén, Mario Sancho — cuyo lema, basado en Schiller y en Tomás de Kempis, era esa ciudadanía universal que integra al hombre a la voluntad proteica del universo, cuyo significado se encuentra en el encierro espiritual de García Monge y Mario Sancho y para escapar al agujijón aldeano, o la aspiración superior de Vicente Sáenz y Brenes Mésen, cuya reputación de humanistas trascendió siempre las fronteras de nuestros predios.

Para ocultar su obra se pretendió, alguna vez, preferir la trayectoria de su vida personal, en la que sobresalió Yolanda con quietud de aguililla fina, como si fuera una estatua emblemática azotada por las tormentadas de la vida. Pero siempre su obra se impuso sobre lo accesorio, logrando realizar, en pocos trabajos recobrados, el esfuerzo más notable, en el medio latinoamericano, por asumir una conciencia de escritora que dejara atrás lo reducido de nuestros ambientes, buscando un horizonte en donde se conjugara nuestra realidad histórica, nuestras luchas sociales, nuestro descastamiento burgués, visto desde la óptica de una forma nueva, con la cual inaugura, en nuestra América, una corriente que luego siguieron otros escritores, y en la cual luce Yolanda Oreamuno como precursora consciente.

Lilia Ramos trazó magistralmente el caso de Yolanda Oreamuno, poco después de su muerte, como en vida de la escritora intentó hacerlo, buscando ubicarla en una nueva corriente de escritoras latinoamericanas, que iba de Teresa de la Parra a María Luisa Bombal y Antonia Palacios, cuya trascendencia incluía la labor de nuestra creadora, como un inicio, germinal en ese entonces, cuyas raíces habría que buscarlas, no en el color local de nuestra historia, sino en la revolución artística de principios de siglo, en el que aparecieron Virginia Woolf, Thomas Mann, Alfred Döblin, Marcel Proust, que influyeron en Yolanda Oreamuno, definiendo su vocación creadora y su vida personal.

Siempre recuerdo un atardecer de 1961, tendría yo 16 años, cuando con Mario y Olga Echandi, y escasos amigos, depositamos los restos de Yolanda Oreamuno en nuestro Cementerio General. Se abría para la escritora, con su regreso tardío, la época del reconocimiento y la indagación en sus escritos, hechos siempre con profundo afecto, con sentimiento crítico, buscando despojarlos de su aire de leyenda, que en realidad ocultaba el hálito malsano de aquella negación constante que sufrió en vida, y que con su muerte se fue diluyendo al imponerse su nombre en nuestro medio, y más allá todavía, y al ser recuperado su recuerdo y vigencia por la importancia de sus propios escritos.

Leyendo cartas de Yolanda y Eunice Odio, a quien uno no puede separar de su amiga de tiempos buenos y malos, con la nostalgia en la pupila, sabe uno que estas dos escritoras costarricenses, en su grandeza, tenían a la muerte por compañera y a la vocación de escribir por únicos amantes. Ciertamente diluyeron sus afectos, pero cada una de sus obras, en sus aspectos de contenido, pretenden ser un monumento a quienes hubieron amado, como si lo contingente pudiera ser trascendido por el esfuerzo creativo, en la soledad de sus destinos, que en el caso de Yolanda se cerró, antes de cumplir los 40 años, como se cierra, o apaga, la luz que da origen a una linterna mágica, o como muriera Bergotte, su querido personaje de Marcel Proust, en la penumbra de un destino incierto, pero con una obra deslumbrante y certera.

Cualquier homenaje que se le tribute a Yolanda Oreamuno, no puede soslayar el marco histórico de sus otros compañeros de generación. Pienso en Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez, José Marín Cañas, Eunice Odio, Carlos Luis Fallas, que simbolizaron para nuestra promoción el papel de fundadores de una generación literaria que no se quedó en promesa. En Yolanda se resume y se amplían esas inquietudes sociales y artísticas, como si fuera ella, en su grandeza y su dolor, no sólo un símbolo, sino también una bandera de intransigencia, dignidad y genio, tal como debe ser la vida y la actitud del verdadero artista. □